

# CURSILLO N° 1.000. CINCUENTA Y OCHO AÑOS «DE COLORES» EN CÓRDOBA

CARTA PASTORAL DE  
MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ  
OBISPO DE CÓRDOBA

CÓRDOBA, 15 ENERO 2012

**A** toda la Comunidad diocesana, sacerdotes, consagrados y seglares.

## “SE ALEGRA MI ESPÍRITU EN DIOS MI SALVADOR”

La celebración del Cursillo n° 1.000 en la diócesis de Córdoba es motivo de gozo exultante y de acción de gracias a Dios por tantos beneficios recibidos de Él a lo largo de estos cincuenta y ocho años en nuestra diócesis a través del Movimiento de Cursillos de Cristiandad. “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador” (Lc 1,46s), son las palabras que María nos presta para alabar y dar gracias a Dios por este feliz acontecimiento.

Este Cursillo n° 1.000 se celebra en la Casa de San Pablo, lugar emblemático de Cursillos en Córdoba, del 12 al 15 de enero de 2012, y, una vez celebrado, damos gracias a Dios el 22 de enero de 2012 en la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, unidos a toda la diócesis y presididos por el Cardenal Rylko, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, ministro del Papa para los laicos en la Iglesia universal.

A la celebración se unen Mons. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico de Su Santidad en España, y Mons.

Angel Rubio Castro, Obispo de Segovia, Consiliario del Movimiento de Cursillos en España y otros obispos vecinos de Andalucía, junto a los dirigentes seglares del Movimiento de Cursillos en España, Andalucía y Córdoba. Se trata de una celebración festiva de toda la diócesis, para la que el Santo Padre ha concedido gracias especiales, de manera que todo el que se una a ella con las condiciones requeridas pueda renovarse interiormente con la gracia de la indulgencia plenaria.

## MIL CURSILLOS DE CRISTIANDAD EN CÓRDOBA

Mil Cursillos, treinta y cuatro mil cursillistas a lo largo de estos cincuenta y ocho años del Movimiento de Cursillos. Todo un río de gracia abundante que ha vitalizado la Iglesia del Señor en nuestra diócesis de Córdoba. “El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres” (S 126,3). He encontrado cursillistas por todas partes en mi Visita pastoral a la diócesis: en el campo de la catequesis, en la ayuda a las parroquias, en Cáritas y en la atención a los pobres. He encontrado cursillistas en el campo de la educación y de la enseñanza universitaria, en el campo de la salud y de la beneficencia, en la vida profesional y laboral, en la vida pública e incluso en la po-

lítica, en las asociaciones de padres, en las asociaciones de vecinos. He encontrado cursillistas en tantos hogares cristianos, donde se vive y se transmite la fe. He encontrado cursillistas en el mundo cofrade, donde la piedad popular echa sus raíces. He encontrado cursillistas en muchas instituciones diocesanas, en Cáritas diocesana, en el hogar Renacer y en tantas instituciones al servicio de los necesitados, en la pastoral penitenciaria, en la “Uvi móvil” que atiende a los sin techo por las noches en la ciudad, en la Casa de Transeúntes, en el hogar San Pablo para ancianos excluidos, etc. Cuando uno llega a la diócesis de Córdoba y va entrando progresivamente en su interior, percibe que el Movimiento de Cursillos de Cristiandad ha sido instrumento de Dios para inyectar raudales de gracia en el corazón de miles y miles de personas, no sólo cursillistas que han hecho esta experiencia de fe, sino de tantos otros que han recibido la presencia de Dios y de su gracia a través del testimonio de los mismos cursillistas. Una vez más, la Iglesia católica aparece como bienhechora de la humanidad. La presencia de Dios en la vida de los hombres es una presencia benéfica, transformante, portadora de bien para la sociedad. ¡Cuánto bien han hecho los Cursillos de Cristiandad en Córdoba!

**UN POCO DE HISTORIA: EL LAICADO CATÓLICO EN LA ESPAÑA EN EL SIGLO XX**

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Córdoba tiene su historia. Hacer memoria del pasado nos ayuda a recordar (*re-cordare*), a traer al corazón las acciones de Dios en nuestra historia. Cuando una persona pierde la memoria, ya no es dueña de sus actos. Cuando una comunidad pierde la memoria, va a la deriva. En la historia de la salvación, Dios recuerda continuamente a su pueblo los beneficios que Él ha realizado a favor de los hombres. Una persona, una comunidad, el pueblo de Dios vive de la memoria de las acciones de Dios, que le impulsan con fuerte esperanza hacia el futuro. “No olvidéis las acciones del Señor” (S 78). Si Dios ha estado grande con nosotros, podemos esperar de Él que lo siga estando, según su promesa. Si hemos constatado la grandeza de Dios en nuestra historia pasada y reciente, podemos apoyarnos en Él, que es omnipotente y nos irá abriendo caminos de renovación en nuestra vida. Las nuevas dificultades que se nos presentan pueden ser afrontadas con la esperanza de ser superadas, porque tenemos de nuestra parte la gracia de Dios que ha vencido en tantas ocasiones lo que para el hombre es imposible.

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad nació en España, concretamente en la diócesis de Palma de Mallorca, entre los años 1940 y 1949.

Las grandes dificultades vividas en España durante los años 30, sobre todo durante la II República (1931-1936) repleta de laicismo y anticlericalismo de origen marxista y nihilista, ayudaron a que se consolidara, sobre todo entre los jóvenes, un laicado entusiasmado con Cristo y dispuesto a dar su vida por Cristo y por la Iglesia. Un laicado bien arraigado en Cristo, en plena comunión con los pastores y dispuesto a servir de fermento en una sociedad que necesitaba el alma del Evangelio.

La doctrina social de León XIII (papa: 1878-1903) había calado en la conciencia de la Iglesia. Es el Papa de la doctrina social de la Iglesia, es decir, del Evangelio que ilumina las nuevas situaciones de la sociedad industrial. Y los laicos, ayudados por sus pastores, tomaban la antorcha de una presencia transformadora en el mundo. Entre ellos se encuentran Angel Herrera Oria (1886-1968), Manuel Aparici Navarro (1902-1964), Antonio Rivera Ramírez (el “ángel del Alcázar”, 1926-1936), todos ellos actualmente en proceso de canonización. Y con ellos, una multitud innumerable de jóvenes que surgen en las parroquias y en las diócesis. Es la Acción Católica, que brota de la intuición del Papa Pío XI (papa: 1922-1939) y que va fraguándose con Pío XII (papa: 1939-1958) y con el episcopado de las distintas naciones de Europa y América.

Este gran movimiento de apostolado seglar no consiste sólo en una reacción ante la situación ambiental que se está viviendo. Se trata sobre todo del descubrimiento positivo del papel de los laicos en la vida de la Iglesia y de la llamada a la santidad de todo cristiano. Son los años del despertar del laicado católico, que ha desembocado en el Concilio Vaticano II (1962-1965), cuyos mejores frutos han cuajado en la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* (1988). Piedad, estudio (formación) y apostolado son los tres pilares donde se asienta ese gran movimiento de renovación de la Iglesia que bulle en los seglares, sobre todo entre los jóvenes, siempre capaces de renovar el futuro. La historia de España en el siglo XX ha tenido en el laicado católico una fuerza motora impresionante. En el campo eclesial, en el campo social, en el campo político, en todos los ámbitos.

En plena II República española suena el grito de Antonio Rivera, presidente de los jóvenes de Ac-

ción Católica en Toledo: “¡Para Santiago, santos!”, animado por Manuel Aparici, que llevará a feliz término esta iniciativa en agosto de 1948. Se trataba de convocar a un gran número de jóvenes de toda España a una magna peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, patrono de España, como una cruzada de amor a España que estimulara la santidad personal de todos los participantes e instaurara el Reino de Cristo entre nosotros. Peregrinos, para desinstalarse de la situación presente con la lúcida perspectiva del cielo como horizonte. «Peregrinar es caminar por Cristo al Padre, a impulsos del Espíritu Santo, con la ayuda de María, llevando consigo a los hermanos», decía Antonio Rivera. Al sepulcro del apóstol Santiago, como expresión de la pertenencia eclesial, que tiene en los Apóstoles su fundamento permanente. Santiago ha patrocinado la fe católica en España a lo largo de los siglos, concitando las mejores energías sobre todo en tiempos de dificultad. ¡Santos! Este es el objetivo y en esto consiste el camino y la meta. La santidad no es patrimonio exclusivo de los sacerdotes y de los religiosos. Los laicos descubren que su vocación es la santidad, porque no son cristianos de segunda división. “Todos estamos llamados a la santidad”, sentenciará posteriormente el Vaticano II (LG 40), al que estos jóvenes se adelantan.

Quienes participaron en aquella grandiosa peregrinación lo expresan con una sola frase: “¡Cien mil jóvenes en gracia de Dios!”. La guerra civil interrumpe la realización de este proyecto, muchísimos de aquellos jóvenes sufren el martirio durante la persecución religiosa de esos años, y su sangre derramada en el supremo testimonio del amor riega España entera como semilla de nuevos cristianos. Se han contado de aquella hornada de jóvenes de Acción Católica siete mil mártires y dos mil vocaciones al sacerdocio ministerial.

Terminada la contienda civil, el lema “¡Para Santiago, santos!” recupera su vigencia. Manuel Aparici promueve desde 1940 los Cursillos de Adelantados de Peregrinos, que en Mallorca se concretan en Cursillos de Jefes de Peregrinos, cuajando en 1949 en el primer Cursillo de Cristiandad. El día 7 de enero de 1949, pocos meses después de la peregrinación a Santiago, en el monasterio de San Honorato de Mallorca, comienza a celebrarse el que se considera propiamente el primer Cursillo de Cristiandad. Eduardo Bonnín (1917-2008) es rector seglar del primer cursillo, acompañado de los sacerdotes Guillermo Payerás y el teólogo Juan Capó Bosch (1924-1984). Sebastián Gayá (1913-2007), consiliario diocesano de jóvenes y canciller del obispado imparte algún “rollo” y preside la clausura del primer Cursillo. Es obispo de Mallorca Mons. Juan Hervás. Sólo en ese año se celebran en aquella diócesis 20 cursillos y en cinco años se llega al centenar. El Movimiento de Cursillos de Cristiandad nace con vocación universal y, partiendo de Mallorca, va a expandirse progresivamente por las diócesis de España y por todo el mundo.

Desde el primer momento, en Cursillos se vive la espiritualidad del peregrino, la comunión eclesial con el Obispo y con el Papa, siguiendo su Magisterio, abiertos a todos sin constituir ningún coto cerrado, la aspiración clara y firme a la santidad, viviendo la vida de gracia y el impulso misionero de ganar a los más posibles para Cristo (cf. 1Co 9,19), con una gran proyección social en el testimonio cristiano y en las obras sociales que se afrontan, “fermentando de Evangelio los ambientes”. El entusiasmo juvenil crece y se va extendiendo por toda España. El himno “De colores”, que se canta ya en el primer Cursillo y que es tan propio de este Movimiento expresa la belleza y el gozo de una vida cristiana, que está al alcance de toda persona que se abre a la gracia de Dios. Es un canto a la vida, que

brotó con alegría del corazón que se siente redimido.

En aquellos cursillos preparatorios a la gran peregrinación a Santiago se percibe la posibilidad de desarrollar algo nuevo, que permitiera que el contenido esencial del cristianismo, “lo fundamental cristiano”, fuera captado en toda su intensidad incluso por quienes vivían al margen de la religión católica. Con la gracia del Espíritu, va surgiendo algo nuevo, que se concreta en lo que después se llama “Cursillos de Cristiandad”, con rasgos de los cursillos anteriores, pero diferente por su enfoque, finalidad y sentido. En el inicio del Movimiento se encuentra la acción del Espíritu Santo en un grupo de personas, seglares y sacerdotes, que comparten una mentalidad y que comienzan a trabajar por una misma finalidad: vertebrar en cristiano, hacer un mundo más cristiano, haciendo más cristianos a los hombres. Un nuevo carisma ha nacido en la Iglesia.

### **CURSILLOS DE CRISTIANDAD LLEGA A CÓRDOBA**

La llegada de Cursillos a Córdoba es una historia llena de acontecimientos providenciales. Sería en el año de 1954, promovidos por el entonces consiliario de Acción Católica, D. Felipe Tejederas Porrás (1926-1999), que a la edad de 28 años hace su Cursillo en Cartagena por indicación de Manuel Aparici, y a su regreso a la diócesis quiere implantar para los jóvenes en Córdoba esta experiencia vivida. Ayudado por equipos de la diócesis de Madrid comienzan a darse los primeros Cursillos, que son para jóvenes de Acción Católica, celebrándose el cursillo n° 1 del 18 al 22 de diciembre de 1954, siendo directores espirituales el mismo D. Felipe Tejederas y D. Martín Cabello de los Cobos con 34 asistentes. Tras varios Cursillos para jóvenes, el primer cursillo para hombres (adultos)

se da en marzo de 1957, ayudados por un equipo de la diócesis de Ciudad Real.

En el año 1957 llega a Córdoba a la edad de 33 años D. Juan Capó, procedente de la diócesis de Mallorca, ocupando por oposición la cátedra de teología dogmática en el Seminario Mayor de San Pelagio de Córdoba y canónigo de la S.I. Catedral. El obispo es Fray Albino González Menéndez-Reigada, OP (obispo de Córdoba: 1946-1958). La llegada de D. Juan Capó a nuestra diócesis constituye para la historia de Cursillos en Córdoba un impulso definitivo al incipiente movimiento en la diócesis, convirtiéndose inmediatamente en el “alma” de los Cursillos e ideólogo destacado en la elaboración de sus contenidos por haber sido asistente ya en el primer cursillo de Mallorca. En ese mismo año Fray Albino lo nombra Consiliario diocesano y se inicia la Escuela de Profesores de Cursillos que él mismo dirigía y mantenía. Era sólo para hombres, comenzando posteriormente en el año 1969 la Escuela para las mujeres, hasta la unificación de las dos en años posteriores.

En el año 1960, los “dirigentes” de la Escuela de Profesores y sacerdotes responsables solicitan al Obispo, Mons. Manuel Fernández-Conde y García del Rebollar (obispo de Córdoba: 1959-1970), la constitución oficial de un Secretariado de Cursillos, que nombre un equipo sacerdotal y un presidente seglar (relacionado con Acción Católica), y que aprueben los estatutos. Tales estatutos fueron aprobados por Decreto del Obispo de fecha 25 de Enero (fiesta de la conversión de San Pablo) de 1961, por el que quedó constituido el Secretariado Diocesano de Cursillos de Cristiandad en Córdoba, siendo su primer presidente el seglar D. Mateo Hermosín Ballesteros y nombrándose en el año 1962 a D. Juan Capó Bosch director del Secretariado y al sacerdote D. Martín Cabello de los Cobos subdirector



del mismo. En estos años los Cursillos se han estado celebrando en distintas casas de espiritualidad, fundamentalmente en la casa diocesana de San Antonio en la ciudad de Córdoba, pero también en Montilla o en Villanueva de Córdoba.

Del 10 al 13 de Enero de 1962 se celebra el Cursillo n° 100 clausurándose en el salón de actos de la Universidad Laboral, y es entonces cuando se plantea la necesidad de hacer una casa propia del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Córdoba. En una Reunión de Grupo se plantea como “*lío apostólico*” la construcción de dicha casa para Cursillos de Cristiandad. D. Juan Capó pone en ello todo su entusiasmo. Este proyecto se va extendiendo entre todos los cursillistas de Córdoba y provincia, que hacen suya esta idea, con gran ilusión. De esta forma, colaboran muchas personas, aportando cada uno lo que puede: jornales, materiales, horas de trabajo, rifas, loterías, dinero... La casa se construye entre 1962 y 1965, siendo el Cursillo n° 186 de la diócesis de Córdoba el primer cursillo que se celebra en la nueva casa de San Pablo, del 1 al 4 de septiembre de 1965, aún todavía sin terminar, pues su inauguración oficial sería en el mes de abril de 1966 con la celebración del cursillo n° 200, a la que asiste el obispo de Córdoba, Mons. Manuel Fernández-Conde. La Casa de San Pablo es sin duda el buque insignia de Cursillos en Córdoba en los últimos cuarenta y siete años.

En 1979, del 12 al 15 de Diciembre, siendo obispo Mons. José-Antonio Infantes Florido (obispo de Córdoba: 1978-1996), se imparte el Cursillo 500, celebrado con gran solemnidad en Córdoba, ya que la Clausura se celebra en la iglesia de la Universidad Laboral, con gran asistencia de cursillistas. Con ocasión de esta celebración extraordinaria, se promueve la construcción de un salón de clausuras junto a la casa de San Pablo, colocándose la primera piedra en el año 1982.

Junto a los 1.000 Cursillos de tres días, se han celebrado también más de 200 Cursillos de renovación en fines de semana, para renovar la experiencia del Cursillo y el compromiso cristiano así como otros muchos de matrimonios para facilitar esa renovación desde la vivencia matrimonial

Toda esta historia de Cursillos en la diócesis ha sido posible hasta el día de hoy por el compromiso y entrega generosa e incondicional de muchos sacerdotes y fieles laicos que la han hecho realidad. También en Córdoba el laicado católico despertó fuertemente gracias al Movimiento de Cursillos. Es imposible enumerar a todos y tantos colaboradores desde los inicios hasta hoy. Pero justo es recordar, porque ya no están entre nosotros, a sacerdotes como D. Felipe Tejederas, pionero de los cursillos en la diócesis, la ayuda inestimable en aquellos principios de Don Martín Cabello y sobre todo de D. Juan Capó que, con su presencia entregada sin reservas, alentó la implantación definitiva de los cursillos entre nosotros. Y de entre los muchísimos laicos seglares, cuya lista sería inacabable, una mención particular a Don Eustaquio Parrilla que promovió la inquietud por una espiritualidad laical en los miembros de la Escuela, Don Juan de Dios Jimena que asumió la responsabilidad de una etapa histórica y D. Francisco de Paula Martínez que consolidó y afianzó la fidelidad renovada en Cursillos.

Durante este tiempo han hecho cursillos más de 34.000 personas, que han llenado de gracia de Dios y presencia cristiana comprometida la vida de la diócesis de Córdoba. Pero lo más importante de esta historia no son los números sino cada una de estas personas que han tenido la ocasión de vivir una experiencia de encuentro con el Señor, vivir la vida “de colores” y sentirse miembros activos de la Iglesia, presentes en el mundo.

## ¿CUÁL ES EL SECRETO DE CURSILLOS DE CRISTIANDAD?

El éxito de Cursillos de Cristiandad es una realidad históricamente palpable, particularmente en Córdoba, por la que hoy damos gracias a Dios. Ante semejante éxito en tantas personas durante tanto tiempo con una repercusión social tan fuerte, la pregunta surge espontánea: ¿cuál es su secreto?

No es fácil responder a simple vista, porque todo secreto, y más en este caso, responde a algo misterioso, algo oculto que a la vez que se nos muestra, permanece ignorado en su ser más profundo. Algo que vemos por sus frutos, pero que nos lleva a la interrogación por sus fundamentos. Podemos decir abiertamente que Cursillos de Cristiandad es una obra de Dios, es un carisma suscitado por el Espíritu en su Iglesia, es un instrumento de evangelización para nuestro tiempo, que se ha demostrado apropiado y fructífero, como estamos celebrando.

No pretendo, por tanto, ser exhaustivo, pero se me ofrece la ocasión para extraer alguna enseñanza, que a todos nos sirva hoy de ejemplo y de estímulo:

1. El secreto de Cursillos está, en primer lugar, en *la presentación directa y explícita y en el encuentro personal con un Jesucristo vivo*. Se parece al encuentro de San Pablo con Jesús el día de su conversión, cuando fue derribado del caballo (cf Hech 9). Podíamos decir que se trata de un encuentro de sopetón, un encuentro inesperado, un encuentro sorprendente, que sitúa al individuo en actitud de asombro ante lo divino, quizá con algún miedo al inicio, pero transformando la experiencia en algo exultante, que llena el corazón. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”, nos recuerda

Benedicto XVI (DC 1). Todo en el Cursillo está pensado para que ese encuentro se produzca, y de hecho se produce. Este es el milagro continuamente repetido. Como cuando tenemos que presentar a un amigo muy importante a otro amigo. Lo preparamos todo para que se produzca el encuentro. En el Cursillo se prepara hasta el último detalle, porque el encuentro que se va a producir es muy importante y marcará la vida del cursillista para siempre.

A eso está orientada la “intendencia” o palanca de oración e intercesión y la penitencia por los que van a hacer o están haciendo el Cursillo, que se pide a muchas personas, conventos de clausura, anteriores cursillistas, etc. En toda la mística del Cursillo está muy presente la conciencia de pertenencia a un Cuerpo vivo, que es la Iglesia, como nos enseña la encíclica *Mystici Corporis*: “Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: Que la salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo” (Pío XII). Y en ese cuerpo vivo, todos tenemos que aportar nuestra colaboración. En esta actitud de intercesión se sitúan sobre todo los que dirigen el Cursillo, los que han de dar los “rollos”.

Pero, además de los temas que se imparten, el Sagrario es un elemento fundamental, es decir, Jesucristo en su presencia eucarística ocupa el centro de la experiencia del Cursillo. La visita al Sagrario constituye para el cursillista el momento decisivo del encuentro con Jesús vivo y resucitado, el que ha muerto por nosotros en la Cruz y ha vencido la muerte resucitando, el que me ama sin medida y espera mi respuesta de amor. Un Jesús que es Dios, y por eso es adorado. Un Jesús que es hombre, y por eso resulta tan cercano. Un Jesús que es puente de acceso a Dios, y en el que Dios se acerca hasta poderlo tocar. He oído en el testimonio de muchos cursillistas

cómo ese encuentro con Jesús, que les ha hecho llorar de alegría y de arrepentimiento como Pedro en la noche de la traición, se ha producido ante el Sagrario, como un momento inolvidable para toda su vida. La fuerza para afrontar una profunda renovación de la propia vida vendrá de aquí. Y el dinamismo apostólico para cambiar la sociedad tiene aquí su secreto. “Cristo y yo, mayoría aplastante”.

2. Este encuentro con Jesucristo se produce *en la Iglesia*. Todo el equipo responsable del Cursillo es como una célula eclesial en trance de crecimiento y eclosión, que se prepara cuidadosamente, sobre todo con medios sobrenaturales, para el momento del Cursillo. Y desde que el candidato es invitado al Cursillo, durante todo su desarrollo y en la clausura solemne del mismo, el cursillista experimenta la Iglesia como nunca la había percibido antes. El que acude a Cursillos lleva consigo todos los prejuicios que circulan en el ambiente contra la Iglesia, muchas veces certificados por el mal testimonio de algunos miembros de la misma Iglesia. El Cursillo se convierte en una experiencia de Iglesia totalmente excepcional, que hace derrumbarse tales prejuicios al experimentar una comunidad viva, familiar, acogedora, gratuita.

Cristo sí, Iglesia también. Lo que Dios ha unido –Cristo y su Iglesia– que no lo separe el hombre. No es posible el acceso a Jesucristo si no es en su Iglesia, la que Él ha fundado y tal como Él la ha fundado. Cuando Jesús sale al encuentro de Pablo, se identifica con su Iglesia, “a quien tú persigues” (Hech 9,5). El cursillista encuentra a la Iglesia de manera palpable en el Cursillo, desde la comida, la casa y todo su servicio, los pasillos en donde se producen los coloquios con algún dirigente, los rollos que se imparten, la acogida amable. Y una Iglesia que es portadora de sanación para el corazón herido del pecador. Todo contribuye a descubrir el ros-

tro amable de una Iglesia madre, que me da a Jesucristo en la Palabra de Dios, en los sacramentos, en su organización visible, en los pastores, en la misión que me encomienda, en los pobres a los que sirvo como al mismo Cristo. Una Iglesia que no es una organización fría y burocrática, sino una familia a la que pertenezco desde mi bautismo, en la que puedo alimentar la fe y en la que encuentro campo para el apostolado.

Al cursillista se le muestra la Iglesia no sólo como hogar acogedor, sino también como plataforma de apostolado y de misión. Si te has encontrado con Jesucristo, vete a anunciarlo entre los tuyos. “La fe se fortalece dándola”, nos decía Juan Pablo II. “Cristo no tiene otro cuerpo que el tuyo, no tiene más pies ni más manos que las tuyas. A través de tus ojos mira este mundo con compasión. Con tus manos Él sigue bendiciendo a todo el mundo” (Sta. Teresa de Jesús). En la mesa del que imparte el Cursillo está colocado un Cristo sin brazos para recordar al cursillista que ha de prestarle a Cristo sus propios brazos para la tarea apostólica hoy.

3. La eficacia del Cursillo estriba especialmente en la *actitud vivencial, testimonial* de quienes dan los rollos o imparten el Cursillo. Ponen en juego toda la fe que tienen y hablan desde su experiencia personal de Dios. No es preciso ser ya santo para dar un Cursillo, pero es preciso tener planteada la vida en clave de santidad. Esto pertenece al carisma fundacional, así lo plantearon aquellos cursillistas de la primera hora. Una presentación fría y teórica de los temas no convence a nadie ni mueve los corazones. El que predica en un Cursillo se parece al apóstol testigo, como san Pablo, que nos dice sencillamente: “Yo lo he visto” (1Co 9,1). Yo me he encontrado con Él, porque se me ha aparecido también a mí, y eso que soy un pecador y he perseguido a la Iglesia (cf 1Co 15,8-9). Te puede suceder también a ti.

A muchos como tú les ha sucedido. Y se cumple una vez más que “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos”, como nos recuerda Pablo VI (EN, 41). Ese aspecto vivencial muestra al cursillista que la vida cristiana no es algo lejano e imposible, sino que es algo que la gracia de Dios pone a mi alcance y lo veo con mis propios ojos en el Cursillo.

El Cursillo de Cristiandad tiene aquí un elemento fundamental: la vivacidad del testimonio. Por eso, el que se prepara para dar un rollo, no sólo tiene que tener las ideas claras y exponer la sana doctrina (cf 2Tim 4,3), la única que salva, sino además tiene que hacerlo con viveza y convicción. Tiene que dar testimonio de lo que Dios ha hecho en su vida de pecador, de cómo le ha cambiado, de cómo es posible cambiar y vivir la alegría y la belleza de la vida cristiana, de cómo no puede callar y por eso evangeliza. El que habla en Cursillos es un testigo del milagro de la gracia

4. El secreto del Cursillo estriba también en su *carácter kerigmático*, o en la buena articulación de lo “fundamental cristiano”, anunciado en tres días de manera vivencial. La película de mi vida como punto de partida concreto en el que Dios actúa, el anuncio de un Dios Padre misericordioso, dispuesto siempre al perdón como acogió al hijo pródigo, la presentación vigorosa de Cristo y éste crucificado (al estilo de san Pablo), la gracia como algo palpable y a mi alcance con todo su poder sanador y transformador, los sacramentos como ríos de gracia y particularmente el sacramento del perdón, para muchos bastante olvidado, el encuentro con Cristo Eucaristía, como ya hemos indicado, la Iglesia, cuerpo de Cristo, como hogar que te acoge y te envía a la misión del apostolado, y en el seno de la Iglesia la presencia de la Madre y de los santos del cielo. Se trata en pocas horas de poner la

propia vida a la luz de la fe y dejar que se transforme por la acción de la gracia. Y esto de hecho se produce, llenando el corazón de inmensa alegría. De esa alegría de la evangelización, que aparece en los Hechos de los Apóstoles (Hech 8,8; 15,3; etc.). La experiencia del Cursillo es una experiencia de verdadera conversión, pero no sólo por la ebullición de un momento sensible, sino porque transmite la verdad que salva, sanando la mente y el corazón del cursillista. No se trata de un entusiasmo momentáneo, provocado por un contexto favorable, sino que la mente queda saciada con la verdad anunciada y el corazón encuentra descanso en el bien que se le propone.

5. El “*cuarto día*”. Con esta expresión los cursillistas señalan la continuidad y la perseverancia en ese fogueo de alta tensión que ha supuesto la experiencia del Cursillo. En el cuarto día se sitúa la Reunión de Grupo, donde se revisa semanalmente la propia vida en la pequeña célula grupal y se exponen aspectos que han quedado apuntados en la experiencia del Cursillo. En el cuarto día se sitúa toda la alimentación de la vida cristiana, según la Hoja del Peregrino que el propio cursillista ha redactado con su director espiritual, es decir, un plan de vida cristiana y de apostolado, al que tiene que volver continuamente. En el cuarto día están las reuniones de Ultreya y de Escuela de Cursillos. En el cuarto día está también el Cursillo de renovación pasado un cierto tiempo.

La clave de la perseverancia está sin duda en cómo se plantea este “cuarto día”. Puede uno quedar vinculado más directamente con el propio Movimiento de Cursillos y cultivar su formación permanente al calor del mismo Movimiento o puede canalizarse el “cuarto día” por la inserción progresiva en la vida de la Iglesia tal como cada uno la tiene más cercana, que normalmente es en la parroquia. En uno y otro caso, las parroquias y las ins-

tituciones eclesiales experimentan una revitalización muy importante, y a su vez tales instituciones y parroquias deben adquirir el compromiso de alimentar el fuego que se ha encendido en el cursillista con la experiencia singular del Cursillo. De ahí que sea muy importante para el cursillista acudir a sucesivas Clausuras de sucesivos Cursillos, donde se renueva el amor primero, participar en Ultreyas o reuniones generales que se programan para alimentar ese fuego y renovar el Cursillo cuando se vea conveniente. Además de todos los medios ordinarios que la Iglesia ofrece en la formación permanente de adultos y los distintos campos de apostolado.

## MIRANDO AL FUTURO CON ESPERANZA

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad está vivo en nuestra diócesis de Córdoba, y por eso damos gracias a Dios. Cuando un miembro crece, todo el organismo crece. Cuando un miembro da síntomas de vitalidad, todo el cuerpo se goza y se beneficia de esa buena salud.

Hemos visto cómo el Movimiento de Cursillos, con su propia identidad bien perfilada, no surge por generación espontánea en el jardín de la Iglesia, sino que toma sus mejores jugos del gran Movimiento del Laicado Católico del siglo XX, que desemboca en el Concilio Vaticano II y en la *Christifideles laici*. Y a su vez, el mismo Movimiento de Cursillos ha estado en el origen de otros carismas que Dios ha concedido a su Iglesia, como por ejemplo, el Camino Neocatecumenal y otras muchas experiencias nuevas en la Iglesia. Yo mismo he oído a Kiko Argüello dar su testimonio de cómo los Cursillos de Cristiandad despertaron en él aspectos que le han servido posteriormente en su inspiración del Camino Neocatecumenal, que ya tiene su propia identidad y su propio estatuto reconocido por la Iglesia.



Cursillos de Cristiandad ha nacido en el surco de la Iglesia y sólo puede germinar en el surco donde recibe la linfa vital de la Iglesia, en la comunión de los santos, en la comunión jerárquica, en la comunión eclesial. Hemos asistido al nacimiento y floración de otros grupos apostólicos, que hoy están en franca decadencia o en trance de desaparición. Hemos de conocer cuáles son las causas de esa deriva, para evitarlas con vigilancia constante. Son grupos que, aún queriendo mantener teóricamente su identidad cristiana, se han apartado en la práctica de la comunión con los pastores, en aras de una adultez del laico mal entendida. Grupos que no han tenido reparo en adoptar el análisis marxista en su lectura de la realidad y en su compromiso de acción, convirtiendo su compromiso apostólico en una mera actividad de “cristianos por el socialismo”, dejando progresivamente de ser cristianos en aras de una utopía –la marxista– que se ha mostrado incluso históricamente como un rotundo fracaso. Grupos que no han cuidado la sana doctrina, como tan insistentemente recuerda san Pablo en sus cartas pastorales: “Vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír, y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas” (2Tm 4,3). Grupos en los que se busca sistemáticamente el disenso con la doctrina de la Iglesia y la oposición dialéctica con sus pastores, acudiendo a teólogos que alimentan ese disenso doctrinal y moral. Estos grupos, como decía un buen maestro, son “teológicamente protestantes, eclesialmente democráticos, socialmente marxistas, moralmente subjetivistas y relativistas, ascéticamente pelagianos”. Están expuestos a todos los virus de error que pululan en el ambiente y carecen de defensas propias en su organismo para recuperar la salud. Estos grupos no tienen futuro.

Vosotros, queridos cursillistas, no vayáis nunca por esos caminos. Manteneos fieles a vuestro carisma fundacional y a la historia gloriosa de un Movimiento que, a pesar de las limitaciones humanas e incluso de los pecados de sus miembros, ha producido frutos abundantes de santidad en su dilatada historia, porque no ha perdido aquel primer vigor que da la confianza en la gracia.

La experiencia de Cursillos nos enseña a todos, cursillistas o no, que la evangelización consiste siempre en el *anuncio explícito de Jesucristo* y no en otra cosa. Y que el objetivo de la evangelización consiste en que toda persona humana se encuentre con Jesucristo y se enamore de Él. Esto es imposible transmitirlo si uno no lo vive, y si no lo vive con pasión. Hoy necesitamos evangelizadores así, especialmente entre los jóvenes

La experiencia de Cursillos nos recuerda a todos la importancia y el valor de la confesión, del sacramento del perdón recibido individualmente, y prolongado en la dirección espiritual, donde se lleva un plan de vida y una exigencia de santidad personal. La importancia de Jesús en la Eucaristía, adorada y recibida en la comunión frecuente, la visita al Santísimo Sacramento, la adoración eucarística como coloquio de amor con el Señor.

La experiencia de Cursillos nos remite a la primacía de la gracia por encima de nuestras programaciones y de nuestras actividades. No somos nosotros el sujeto principal de la tarea evangelizadora. Es el Espíritu Santo, el alma de la Iglesia, el que lleva adelante la obra de la evangelización en nuestro tiempo y siempre. Por eso, el evangelizador, el cristiano debe procurar continuamente sintonizar con el Espíritu Santo por los múltiples caminos por los que me habla. La tensión hacia la santidad no es otra cosa que tensión (no nerviosismo) hacia la identi-

ficación con Cristo por la fuerza del Espíritu en nosotros.

La experiencia de Cursillos nos habla también del *compromiso en el campo social*. Los “líos apostólicos”, en los que tantos buenos cursillistas se han metido y han metido a otros muchos, hablan por sí mismos de que la fe vivida con reciedumbre es capaz de llevar al compromiso serio y sostenido para toda la vida en favor de los más necesitados. El mundo no cambia porque gritemos contra las estructuras, muchas de ellas generadas por el pecado de los hombres, el nuestro y el ajeno. El mundo cambia porque cambia mi corazón, porque acojo la gracia de Dios que me renueva, porque renovado cada uno de nosotros, sale al encuentro del que padece las pobrezas de ayer y las de hoy, para darle a Jesucristo, muchas veces con el testimonio mudo de la propia vida y otras veces con la palabra que explica ese testimonio. “Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor” (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 31c). El mundo cambia porque ponemos la propia imaginación, el tiempo y nuestras energías al servicio de los demás y de sus necesidades y carencias, despojándonos de lo nuestro. El Reino de Dios se hace presente también en este campo, cuando hay corazones renovados por la gracia, que contribuyen a la nueva civilización del amor, “fermentando de Evangelio los ambientes”.

La experiencia de Cursillos, tal como se ha vivido en Córdoba, es un *ejemplo de diocesaneidad* para todos. Es decir, los cursillistas que han salido de estos mil Cursillos en

Córdoba han buscando insertarse en la vida ordinaria de la diócesis, en las parroquias, en sus normales estructuras, en sus planes pastorales, sin perder por ello su propia identidad y su impulso apostólico. Una casa –la de San Pablo–, un programa, un método, unas acciones concretas, una mística propia. Pero no han tenido que apartarse de la diócesis para ser ellos mismos, no han creado planes o estructuras que escapen al control del obispo diocesano para ganar en eficacia. Al contrario, su eficacia ha consistido en ser más diocesanos y hacer Iglesia en la diócesis donde se encuentran. El Obispo que escribe esta Carta os da las gracias solemnemente, queridos cursillistas, especialmente por el cuidado de este aspecto en vuestro planteamiento fundamental y en vuestro trabajo apostólico.

Quando hoy buscamos todos en la Iglesia el lugar que ocupan los Movimientos y su articulación en la Iglesia diocesana, que vive la comunión con la Iglesia universal, de manera que acojamos con gozo los carismas que el Espíritu suscita para nuestro tiempo, vuestra experiencia vivida durante lustros nos dice a todos que nadie pierde nada por insertarse en la diócesis, y que vosotros lo habéis ganado todo porque habéis cuidado este aspecto. Los curas y los laicos os aprecian especialmente por haber subrayado siempre esto. Cuidadlo mucho y no lo perdáis nunca. El obispo y toda la diócesis acogen con gratitud los múltiples carismas que el Espíritu suscita por doquier en la Iglesia universal. Lo que es de la Iglesia universal, es también nuestro, de nuestra diócesis de Córdoba, porque formamos un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo. Pero los Cursillos de Cristiandad han cuidado siempre su diocesaneidad, es decir, su pertenencia a la Iglesia diocesana, su inserción en la misma, y no han dejado por eso de ser un Movimiento internacional.

He pedido a los dirigentes diocesanos de Cursillos que aporten sus

sugerencias en el “Camino común para toda la diócesis (a propósito de la pastoral juvenil)” después de la JMJ del pasado verano. ¿No estamos viviendo en nuestro contexto actual momentos parecidos a los que dieron origen al Movimiento de Cursillos de Cristiandad en los años ‘40? La JMJ ha sido una experiencia de gracia para miles de jóvenes, también en nuestra diócesis, que nos está pidiendo con fuerza que salgamos a su encuentro para ofrecerles el único que puede salvarles, Jesucristo redentor. Los jóvenes de hoy son tan capaces de entusiasmarse con Jesucristo como lo fueron aquellos jóvenes de los años ‘40. Cuento con el Movimiento de Cursillos y con la Acción Católica General, tan vinculados al obispo diocesano, para salir al encuentro de estos jóvenes de nuestra diócesis hoy. Nos espera una preciosa tarea. Y en este contexto de la pastoral juvenil, espero que los Cursillos de Cristiandad ayuden a muchos jóvenes a descubrir su vocación al sacerdocio, como ha sucedido con tantas vocaciones a lo largo de estos años. Dios sigue llamando también hoy y nuestra diócesis lo necesita más que nunca. ¡Ultreya!

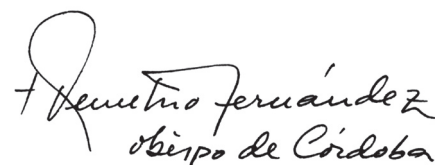
Cuidad especialmente la formación de todos los cursillistas. Es uno de los pilares de los comienzos, y es una garantía para no estar zarandeados por todo viento de doctrina, por la moda ideológica o por el espíritu del mundo. Los fundadores de Cursillos fueron a la doctrina sólida y no se anduvieron por las ramas. Hoy contamos con mejores medios aún, como es el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), con el Compendio del Catecismo (2005), y con la versión del *Youcat* (2011), que el Papa ha colocado en la mochila de los jóvenes de la JMJ de Madrid. Hoy tenemos a nuestro alcance la enseñanza lúcida del Papa, que hemos de procurar conocer y llevar a la vida, como estudiaban aquellos jóvenes la enseñanza pontificia. Cuidad esta formación.

Queridos cursillistas: Doy gracias a Dios por este feliz acontecimiento y os doy la enhorabuena a todos en nombre de la diócesis, que es nuestra Casa común. Felicito a la diócesis de Córdoba que os ha nutrido como madre fecunda durante todos estos años y ha recibido de vosotros tantas colaboraciones en todos los campos. Felicito a las parroquias que cuentan con vuestra valiosa aportación, y os sostienen continuamente en la fe y en la vida cristiana. Quiera Dios que este acontecimiento jubilar produzca un mayor aprecio de este camino de evangelización en nuestro tiempo y en nuestra diócesis.

Mantened encendido siempre el fuego del amor para el mundo de hoy, que necesita vuestro testimonio. Cursillos de Cristiandad tiene futuro.

Os encomiendo especialmente a san Pablo, patrón principal del Movimiento de Cursillos, el apóstol ardiente en el amor a Cristo, que tanto ha inspirado a los cursillistas de todos los tiempos, el apóstol infatigable en el anuncio de Cristo a todos. Os encomiendo a san Juan de Ávila, que vivió ese estilo paulino con ardor, y que este año será proclamado doctor de la Iglesia universal, inspirándonos para la nueva evangelización. Os encomiendo especialmente a la Santísima Virgen nuestra Madre del cielo, para que ella os proteja y os guarde en la fe, como fieles discípulos de su Hijo, ahora y siempre.

Recibid mi afecto y mi bendición, en Córdoba a 15 de enero de 2012, en la clausura del Cursillo de Cristiandad nº 1.000.

  
obispo de Córdoba

+ Demetrio Fernández,  
Obispo de Córdoba